

Comisión 1. Comisión de Asuntos Exteriores.

La UE ante el fortalecimiento de China

La Unión Europea es uno de los actores del panorama internacional con más peso político y económico de la actualidad. Dentro del club se encuentran agrupadas algunas de las economías nacionales más fuertes del mundo, cuenta con una gran parte de la población mundial (448 millones de personas según datos de 2020) y se trata de un territorio relativamente homogéneo en cuanto a maneras de entender la democracia, las libertades individuales y los derechos civiles. Como actor internacional de gran peso y estructura política paradigmática, la Unión Europea negocia y mantiene lazos de diplomacia con distintas potencias, entre las que encontramos China.

La Unión Europea ante el fortalecimiento de China

China tiene una población de más de 1400 millones de personas. Se trata del cuarto país más grande del mundo, y comparte frontera con nada más y nada menos que 14 países. Para algunos, China es un gran socio comercial y hay que buscar maneras de relacionarse, de forma que todos los socios salgan beneficiados. Para otros, China supone una amenaza a las economías nacionales y al orden mundial establecido. La Unión Europea, en tanto que una estructura política y económica que aglutina distintos puntos de vista de los Estados miembros en diversas áreas, se ha mantenido siempre en el rol de socio discreto, aunque ambicioso con respecto a las expectativas que tenía de su relación económica con China.

En 2016, las autoridades chinas aprobaron su plan quinquenal 2016-2020 con los objetivos económicos y sociales que tenía el país a largo plazo. Entre esta batería de medidas podemos encontrar decisiones con respecto a la calidad del aire en las ciudades (un problema grave en muchas ciudades chinas), aumento del PIB, creación de nuevos empleos en las zonas urbanas, aumento del sector servicios, ampliación de la red de autovías o el aumento de la producción de energía nuclear. Este plan quinquenal tenía un objetivo claro por parte de las autoridades chinas: seguir creciendo en lo económico a un ritmo del 6% anual. Este tipo de planes, casi siempre a largo plazo en China (debido,

sobre todo, a su sistema autoritario, que hace que no estén sujetos a ningún ciclo electoral ni cambio de partido en el poder), son de carácter estratégico y son siempre una especie de capítulo más dentro del gran entramado de planes a largo plazo en China.

Defensores de la globalización, el plan quinquenal chino ocasionó un cambio de dirección de la economía. Decidieron abrir más su mercado a inversiones extranjeras pero, sobre todo, decidieron intensificar su presencia económica en otros lugares del mundo que les beneficiara de un modo u otro. Es el caso de Groenlandia, por ejemplo, que posee minas con grandes cantidades de metales raros, unos componentes imprescindibles en la construcción de armamento militar, alta tecnología o productos audiovisuales. Lo mismo ocurre en muchos países de África, donde la presencia e inversión chinas son conocidas desde la época de Mao, cuando el fundador de la República Popular China decidió acercarse a los países y zonas en desarrollo ante su rechazo e imposibilidad de poder alinearse con Estados Unidos o con la URSS en tiempos de la Guerra Fría. Ya entonces, China era experta en aplicar políticas de largo alcance y esperar los frutos de la siembra.

Este plan quinquenal también coincidía con un cambio en la secretaría general del Partido Comunista Chino y, en consecuencia, de la presidencia del país. En 2013 llegaba al poder Xi Jinping, quien daba un cambio brusco de rumbo con respecto a sus antecesores. Hasta entonces, China se había caracterizado por lo que ellos mismo llamaban la “doctrina del desarrollo pacífico”. Con esta doctrina como máxima, el país ha ido logrando sus objetivos económicos con determinación pero sin hacer ruido dado que, hasta entonces, la dependencia china del exterior era demasiado grande como para cometer errores y poner en riesgo su propio crecimiento. Sin embargo, el cambio de rumbo en 2013 con la llegada de Xi Jinping era un mensaje también para la comunidad internacional: China ya no era un país en desarrollo, era una potencia. Y era una, además, a la que ya no le daba miedo enfrentarse a sus vecinos, o socios comerciales, si ello ayudaba a sus objetivos estratégicos.

Muestra de ello es su gran plan, “Made in China 2025” (aprobado en 2015), su apuesta para realizar una transición hacia el ámbito tecnológico y convertirse en los líderes del mercado. Este plan, que consta de tres fases, prevé su culminación en 2049, justo a tiempo para celebrar el centenario de la Revolución Popular. En la primera fase, China se

propone con determinación igualar a potencias industriales tradicionales, como las de Alemania y Estados Unidos, antes de 2025. Y esto es, precisamente, lo que ha hecho colisionar a China en el panorama internacional, con actores como la Unión Europea o Estados Unidos. Inmersos en una guerra comercial con estos últimos, ambos actores internacionales luchan por liderar el espacio económico del monopolio tecnológico. A Estados Unidos le preocupa que los productos tecnológicos (tanto materiales como digitales) ya no salgan de las cabezas de quienes trabajan en Silicon Valley, y pasemos a artículos pensados y producidos en China. China, por su parte, no pretende abandonar del todo un modelo que ha dado tanto dinero hasta ahora: el de la producción a gran velocidad y a bajo coste. Sin embargo, sí quiere poner el foco de su modelo económico en la producción tecnológica, y priorizar calidad en vez de cantidad.

Esto ha levantado muchas alarmas en el ámbito europeo, quienes abrazaban la inversión china tras la crisis financiera de 2008. Les preocupa la influencia y presencia chinas en el tejido empresarial europeo. Preocupa, también, el futuro de las empresas europeas asentadas en China, para las cuales es dudoso el éxito de sus negocios si el país pasa a tratar con ventaja sus empresas nacionales para favorecerlas. El principal problema de la Unión Europea como actor si quiere poner barreras a las inversión china en empresas europeas es que no existe un mecanismo de control comunitario. Esto quiere decir que el control de inversiones extranjeras corresponde a cada Estado, y países como Alemania han comenzado a estudiar con escrutinio las inversiones desde China desde 2017. A pesar de que, desde 2014, la Unión Europea negocia un tratado bilateral de inversiones con China para tratar de garantizar equilibrio y reciprocidad, lo cierto es que el gigante asiático parece poco interesado en cumplir con estos objetivos, más allá de seguir manteniendo a la Unión Europea como socio comercial. Sin embargo, el cerco cada vez más estrecho en Taiwán por parte de China, su gestión de las protestas en Hong Kong, la falta de transparencia en la intención de sus inversiones en distintos países de la Unión Europea de forma unilateral y su creciente influencia en la comunidad internacional ha hecho que China sea vista, a ojos de la Comisión, como un riesgo por promover modelos alternativos de gobernanza.

En 2019, cuando se celebró la última cumbre entre la Unión Europea y China, el club comunitario dejó claro que aplicaría sus acuerdos bilaterales con más firmeza los

acuerdos bilaterales, e instaba a China a hacer lo propio, aparte de exigirle cumplir con la reciprocidad y abrir el mercado chino a la inversión europea. La UE no escondió la tirantez del estado de las relaciones actuales, e invitaba cordialmente a China a desarrollar políticas comprometidas con el medio ambiente, por ejemplo. Ambos actores comparten el interés en que sus relaciones comerciales funcionen y prosperen, dado que son socios comerciales principales y, para algunos países en términos nacionales, su relación con China es prioritaria. Sin embargo, el plan “Made in China 2025” y la reciente crisis debido a la pandemia mundial por el COVID-19 ha puesto sobre la mesa las debilidades de la Unión Europea como conjunto y los desafíos que enfrenta.

La principal debilidad de la Unión Europea es la dependencia tecnológica. Esto ha ocasionado que, desde 2018, el club comunitario se encuentre justo en medio de la guerra comercial entre Estados Unidos y China, sin poder decantarse por ninguno de los dos y sin poder hacer movimientos estratégicos o críticos hacia ninguno de los dos socios, dado que depende en gran medida de ambos. En el sector tecnológico, cada vez más importante y protagonista en el modelo productivo mundial, la Unión Europea lleva mucho retraso. Si bien son empresas americanas las que poseen el monopolio de la explotación y el almacenamiento de *big data* (con todos los riesgos que ello supone), son empresas chinas las que van a la cabeza en la innovación tecnológica, especialmente Huawei. Esta última, que recibió importantes subvenciones estatales durante la década del 2000, se ha ido introduciendo poco a poco en el mercado europeo gracias a su recién estrenada tecnología del 5G y sus avances en telecomunicaciones.

Esta creciente y cada vez más visible dependencia de la tecnología exterior, combinado con el paso firme desde Pekín de convertirse en un líder económico mundial, ha hecho que desde el eje franco-alemán se repita cada vez con más fuerza que existe una necesidad imperiosa de que Europa construya su propio tejido competitivo tecnológico, que pueda ser capaz de hacer frente a los gigantes chinos y estadounidenses pero, sobre todo, que haga disminuir la dependencia europea del exterior en un sector cada vez más importante y ligado, de forma inevitable, con la seguridad y la defensa. Otros países más pequeños, como Grecia y Portugal, temen que poner barreras a la inversión extranjera china pare en seco su propio crecimiento económico.

En el sector de manufacturas y productos, la pandemia ha dejado entrever también el error que supone depender de un país que ha basado su economía, hasta ahora, en la producción a gran velocidad y bajo coste. La llegada de productos sanitarios defectuosos procedentes de China a países como España, Hungría, el norte de Italia o Finlandia no solamente pone de manifiesto la debilidad del tejido industrial europeo, si no el peligro de un monopolio concentrado, irónicamente debido a la deslocalización, globalización y el libre mercado.

*** Cuestiones para iniciar la reflexión en la Comisión 1**

- ¿Qué desafío presenta para la UE la falta de innovación tecnológica? ¿Cómo debería abordarlo la Unión Europea —promoviendo la aplicación de políticas nacionales, creando mecanismos comunitarios, ...—?
- ¿Qué tipo de diplomacia debería ejercer la Unión Europea como conjunto con China? ¿Qué aproximación le sería más beneficiosa?
- ¿Con qué mecanismos cuenta en la actualidad la Unión Europea para combatir la dependencia del exterior en cuanto a manufactura? ¿Podría crear otros?
- ¿Cuál debería ser la postura de la Unión Europea frente al cambio de dirección China en ciertas áreas —protestas en Hong Kong, Taiwán, etc.—?
- ¿Es la pandemia causada por el COVID-19 una oportunidad para que China mejore sus relaciones con la Unión Europea? ¿Lo es para la UE?
- ¿En qué áreas podrían encontrar puntos en común la Unión Europea y China para colaborar de forma estrecha?

Enlaces de interés:

Informe sobre la relación de la UE y China desde un punto de vista estratégico, elaborado por la Comisión Europea y el Alto Representante para el Consejo Europeo:
<https://ec.europa.eu/commission/sites/beta-political/files/communication-eu-china-a-strategic-outlook.pdf>

Comunicado de prensa de la Comisión Europea sobre la revisión de las relaciones con China y las acciones propuestas:
https://ec.europa.eu/commission/presscorner/detail/es/IP_19_1605

Is 'Made in China 2025' a Threat to Global Trade?:
<https://www.cfr.org/backgrounder/made-china-2025-threat-global-trade>

China 2020: <https://elordenmundial.com/china-en-2020/>